



SIN TÍTULO

Sara García García (ESO2B)

Siempre pensé que eran imaginaciones mías y que mi madre seguía viva. Saber que alguien la había torturado provocándole la muerte me producía una sensación de impotencia que en muchas ocasiones acababa en llanto.

Mi madre desapareció sin dejar rastro. Estuvimos varias semanas pensando que nos había abandonado, que ya no le importábamos y que nos había dejado atrás. Hasta que un día apareció a la entrada de casa con las manos atadas e inconsciente. Llamé a una ambulancia mientras le pedía a mi madre que aguantara y que no se rindiera. La ambulancia no tardó mucho en llegar, pero lo suficiente como para decirle a mi madre lo mucho que la quería y que aunque no se lo hubiera demostrado con frecuencia la tenía mucho aprecio. Cuando llegó la ambulancia, la trasladaron a la UCI, hasta que después de varias horas mi madre nos dejó definitivamente a causa de una hemorragia interna producida por los golpes y el maltrato recibido.

Pedí que se hiciera justicia, que encontraran al asesino que había matado a mi madre y que lo condenaran. Nadie me hizo caso y yo no tenía ganas de vivir: mi madre había muerto y la relación con mi padre no iba más lejos del hola y adiós. Después de la muerte de mi madre, mi padre y yo nos distanciamos remotamente, perdiendo poco a poco la confianza el uno del otro. Cuando no tienes a nadie, el miedo no existe, por lo que me escapé de casa dejando a mi padre solo, con la duda de que el asesino volviera y acabara conmigo o con mi padre. Antes de marchar le dije a mi padre que marchara, que se fuera a vivir con mi tía y que abandonara esa casa. Supongo que no me hizo mucho caso, porque tras la muerte de mi madre dejó de comer, dejó de tener ganas de vivir. Creo que se quedó allí, a fin de cuentas le daba todo igual.

Me refugié en una casa abandonada y me alimentaba de lo que robaba. En uno de mis huertos conocí a Miguel, un chico de mi edad que no estaba muy orgulloso de sus actos. Le ofrecí mi cobertizo, ya que su madre lo había echado de casa. Él me contó que su madre lo había echado de casa porque siempre la había despreciado por ser amiga de otras mujeres. Me contó que una vez llegó a torturarla hasta tal punto que quedó paralítica. Su madre era pintora en sus ratos libres, amiga de mi madre y profesora mía de arte. También me contó que había torturado a una amiga de su madre. Sobresaltada, le pregunté su descripción física. Y, efectivamente, coincidió con mi predicción: el chico con el que llevaba conviviendo varios días era ¡el asesino de mi madre!



Salí corriendo de la casa, sin mirar hacia atrás, hasta que llegué al cuartel de la policía y les conté todo lo sucedido. Ellos decidieron ponerlo en busca y captura, y cuando tenían a varios sospechosos me llamaron para confesarles quién era.

En aquella sala oscura y fría me encontré con Miguel y me fijé en que en sus hermosos ojos color canela había un cierto respeto a la cárcel. Supongo que él me miraba así para que no lo delatara, pero había matado a mi madre y eso no se lo podía perdonar.

—Es él —dije señalando a Miguel.

—¿Por qué me has delatado? —me preguntó.

—Cuídate, la pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble —le contesté.

Él me miró con cara extraña, parecía que no me había entendido, pero aun así sabía que lo que había hecho estaba mal, por lo que dejó que le pusieran las esposas.

Yo me fui a vivir con mi padre. No se había movido de nuestra casa y, aunque al principio nuestra relación era pésima, con el paso del tiempo fue mejorando.